

un tanto romántica e idílica de esa misma vida, abogando, eso sí, por la necesaria y progresiva modernización de las labores agrícolas, con la que se pusiera fin a la sangría que significaba la continua e imparable emigración hacia las ciudades. Porque esa emigración suponía un duro contraste entre el deseo de mantener vivas las tradiciones populares y la cruda realidad de la huida de los jóvenes en busca de unas mayores oportunidades y de unas mejores condiciones de vida.

De este modo, podremos ver cómo en muchas de sus obras, Rodrigo Rubio plantea un conflicto entre tradición y modernidad, que, en el caso de la novela *El gramófono* (1974), está simbolizada por dos elementos que para Marcelino Valverde, el protagonista de la misma, resultan antagónicos: el gramófono y el tractor.

De ahí el sentido de las palabras con las que el escritor encabeza el inicio del relato: “La civilización es una terrible planta que no vegeta y no florece si no es regada con lágrimas y sangre” (17).

Entre tanto, la vida de Rodrigo continúa en Valencia, y más tarde en Madrid, en pleno esfuerzo por lograr su deseo de convertirse en un conocido escritor, algo que le resultó mucho más fácil a partir de la concesión del Premio Planeta en 1965, ya que, además del desahogo económico que significó la recepción de doscientas mil pesetas –con las que se compró un automóvil Citroën y un estudio en Cullera– y de los posteriores derechos de autor, comenzó muy pronto a degustar las mieles del éxito y de la fama y pudo dedicarse, por entero, a escribir. Y, también, a una de sus grandes aficiones, la de recorrer en coche los pueblos y ciudades de España, disfrutando de sus paisajes, sus gentes y su gastronomía, pues de todos es sabido que a Rodrigo Rubio le encantaba comer bien y, después, disfrutar de un buen café, un güisquico y un buen puro.

Precisamente, durante una de esas charlas conoció a la también novelista Rosa Romá Martínez, nacida en Valencia en 1940, con la que se casaría el 6 de julio de 1967, fecha en la que, según Rodrigo Rubio, empezaría otra etapa para él. La etapa del amor, de la fama y de una intensísima creación literaria, que le permitió publicar en las mejores editoriales del país y a conseguir algunos de los más prestigiosos premios literarios.

Es la época en que los sueños, los deseos y la realidad se alían para que el escritor albaceteño pueda degustar las mieles del éxito, a pesar de lo cual nunca perderá de vista el contacto con la realidad que le toque vivir en cada momento, ni el permanente y vivo recuerdo del mundo de sus orígenes.

De ahí que el escritor se centre de lleno en esa preocupación social de la que antes hablábamos, tanto en sus novelas como en sus ensayos. Una